





LOS ÚLTIMOS
CATORCE AÑOS



José Antonio Prades

LOS ÚLTIMOS
CATORCE AÑOS



Primera edición: noviembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Prades

ISBN: 978-84-17548-64-3

ISBN digital: 978-84-17548-65-0

Depósito legal: M-34119-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Esther, in memoriam



ÍNDICE

I Antes de los cinco (hasta 1966)	13
II De seis a diez (de 1966 a 1971)	85
III Después de los diez (de 1971 en adelante)	153



Si tuviera que medir mi mundo por pasos, numeraría los que dio Rocinante con don Quijote sobre su lomo rumbo a Zaragoza. El bravo caballero no hizo escala en la capital del Ebro porque se enteró de que un tal Avellaneda contaba mentiras en Barcelona de sus hazañas y prefirió acudir a conjurar los males que aquel plagia-
dor le estaba provocando.

Por esa larga cambiada, viví las locuras de mis años mozos sin un modelo literario que seguir, fabulando para buscar el camino más largo que me llevara a la madurez, una meta inevitable a la que llegas cuando todos te dicen que has llegado.

Voy ligero en los párrafos siguientes entrando a los mundos que me llenaron; no sé cómo saldré, y le he pedido a mi otro ser —algunos le llaman Pepito Grillo y otros te aplican tratamiento psiquiátrico—, que me los cuente porque me siento incapaz de profundizar en mi memoria, que quizá no sea solo mía. Mi memoria, que se ejercita creyendo estar libre de imposiciones... y alguien se mofa aguantando la risa. «Ja, ¿libre tú? Ni de coña». Y me quedo perplejo porque no quiero inventar, aunque sé que aquí adentro llevo una caverna llena de fantasía.

Que mi otro yo haga de notario, que mi lucidez aflore para apartar mis ensueños, mis antepasados o mis acompañantes, quién sabe.



A veces, la infancia es más larga que la vida.
Ana María Matute, en *Paraíso inhabitado*

I

Antes de los cinco

(hasta 1966)





Tu infancia son recuerdos en la trastienda de una carnicería, adonde llegaron tus padres a fines de 1960 para ocuparse de una tienda de los Picazo, empresa familiar de ganaderos con varios establecimientos en la región; el matrimonio se instaló primero en el número 97, luego pasaron al 89 y después al 85 de la calle Miguel Servet, la más larga de Zaragoza nunca jamás medida; hubo un tiempo en el que te enorgullecía participar en algo destacado, como vivir en esa calle más larga o ser el primero en la fila del tranvía o llegar antes que nadie a la otra acera saliendo en estampida cuando el semáforo de los coches se ponía rojo; por regla general, esto solo te sucedía con tu tía Pili, tu madrina, un ángel que sabía entender tus aspiraciones y jugar a que se cumplieran, aunque a veces te contara historias macabras, como esa de la mujer que encontraron muerta en la casa del duende, en la calle San Miguel, con el pelo y las uñas de larguras kilométricas, igual que la marquesita que inspiró a Gabriel García Márquez para escribir *El amor y otros demonios*, que cuando la exhumaron tenía una cabellera de veintidós metros y once centímetros de largo. El número 97 de esa gran avenida adoquinada hacía esquina con la entonces calle Fillas, 1, la casa de los Diago, donde vivía Manelín, uno de tus primeros amigos, con quien jugabas saltando la tapia que separaba su corral del tuyo; también saltaste la tapia desde la terraza del piso de tu tía Edmunda para jugar con María Elena, esa primera chica con la que compartiste una muñeca y una pistola (de juguete); tu abuela vivía en la misma calle Fillas, a escasos cien metros de vosotros, en un primer piso al que llamaban planta principal y a ti te parecía de gran importancia, desde cuya terraza se veían los tejados de los talleres de los Domingos (apellido, no día de la semana), una empresa relevante del barrio, pero familiar, de las que los dueños se involucran con la gente, y con quienes tuvisteis cierta relación

porque eran clientes de tu padre, incluso en la casa de uno de ellos viste el primer frigorífico, de marca General Electric, con puerta tan abultada que parecía una barriga.

Ahora retengo imágenes, dólmenes quizá, que sirven de antena para comunicar mi prisión en aquel cuerpo que pretendía crecer y yo no quería dejarle. (Los dólmenes te conectan con otras dimensiones). Viví entre carne muerta y fría con el calor familiar que me sacaba a la vida arrancándome pedazos de placenta. Sonaban ritos cariñosos, caricias de soledad y alegría, cuentos con mentiras que parecían verdades y sordinas que cambiaban el sonido del cómo ser.

Aéreo.

Aquellas carnicerías (por cierto, supones que para suavizar la imagen del vocablo, el cartel del tercer local rezaba: CARNECERÍA, en letras rojas, cómo no, de sangre, pero nunca oíste decir que tu padre era un *carneceero*) ocupaban un local a pie de calle, cuya trastienda se convertía en hogar habitable; en las tres, tal como las recuerdas, lo que no es fiable, pero poco importan las diferencias, se abría dentro del local, a la derecha del mostrador, una entrada a un pasillo largo, con puertas que daban a la cámara frigorífica a la izquierda y, al otro lado, al cuarto del motor que generaba el frío; te daba miedo ese cuarto, con una bombilla triste en el techo, mucho ruido y cepos para los ratones, con calor sofocante (ahí secaba tu padre las longanizas, quizá el secreto de que le salieran tan ricas)... y *la cámara*, así llamada por todos, sin adjetivo, con una puerta gordísima que se abría girando una palanca larguísima de acero, parecía la entrada a la cripta de un banco o la puerta hermética de un submarino o el acceso a un laboratorio con experimentos secretos, y que guardaba en su interior los ternascos¹ y corderos abiertos en canal, sin tripas, preparados para trocearse, junto a enormes pedazos de ternera y cerdo en aparadores que también acogían a los embutidos; cuando os portabais mal los hermanos —María José, Andrés y tú—, mamá, zapatilla en mano, os amenazaba con encerraros en alguno de esos dos cuartos que representaban los extremos de temperatura y a veces os ilustraba con la historia, no sabes si real o figurada, de un aprendiz que se quedó atrapado dentro y cuando lo sacaron tenía todo el cuerpo lleno de escarcha y una gota de moco helada en la nariz; no había relato sobre encerrados en el cuarto del calor y de los ratones, pero os imaginabais a ese aprendiz tan delgado como una caña y con mordisco de rata, san-

¹ Ternasco: voz aragonesa que describe al cordero lechal, es decir, el que aún no ha pastado.

grante, como si fuera un anticipo de los zombis que entonces aún no estaban de moda; siempre que entrabas a la cámara, te asegurabas de que la puerta no se cerrara del todo, por lo que te ganabas la consabida bronca de tu padre «¡cierra, cierra, que se escapa el frío y trabaja en balde² el motor!»; al fondo, la vivienda; más al fondo, el corral, o así llamabais a la terraza o patio, con el retrete, solo taza, nada de bañera ni lavabo ni bidé, no veas el frío que provocaba sacar el culo al aire en invierno (al menos, teníais orinal, de porcelana blanco tus padres, vosotros de plástico, debajo de las camas). En la casa del número 97, contra la tapia baja que os separaba del corral de los Diago, se alzaban las carboneras, sobre las cuales tu padre, buen aficionado a la fotografía (hizo un curso por correspondencia desde donde le enviaron todo el material para revelar: ampliadora, bandejas y líquidos, lo que te enseñó con cariño, siempre intentó traspasarte sus aficiones, y algunas veces lo consiguió), te hizo varias tomas con su cámara Balda; de ella tienes tu primer recuerdo real, viéndolo enfrente de ti apretando un botoncico para sacar el objetivo, con la máquina sin funda, ya que te la había dado para entretenerte jugando con ella y evitar así tu llanto; apenas habías cumplido los dos años. En el número 89, teníais enfrente los balcones de los pisos interiores, donde vivía Agustín, un chico más pequeño que tú y a quien una vecina puso una zancadilla en el pasillo donde jugabais y se mordió la lengua provocándose una herida de la que viste manar sangre a raudales, primer contacto con esos desgarros de piel que después entendiste más habituales cuando tu padre degollaba un conejo o después de ir con él al Matadero Municipal. En el 85, encima de vosotros vivían los Gascón, y aún más arriba el tío de tu padre, Rafael, el practicante, y desde tu corral creías siempre escuchar quejidos agudos por culpa de los pinchazos en las nalgas de sus pacientes, tan mala fama de banderillero tenía ese hombre, lo que alguna vez probaste debido a tus repetidas anginas antes de cumplir los siete; también eran vecinos

2 En balde: expresión aragonesa que significa «sin provecho».

vuestros la señora Pilar, que os hizo durante una temporada la limpieza de la tienda y la recuerdas ahora de rodillas fregando el suelo a conciencia con una bayeta gris muy grande, y un primo lejano de tu padre, Emilio, con alguna rara enfermedad mental, que caminaba con los brazos pegados a los costados, codos doblados para que las manos salieran hacia delante, en paralelo, caídas con los dedos apuntando al suelo; sonreía a todas horas y te saludaba afectuoso.

Hombre loco lleno de sonrisa se llamaría el cuadro, nunca de Van Gogh, sino de Munch, o de Antonio Saura, para que supiéramos que la verdad estaba escondida. Emilio disfrutaba caminando así y me tocaba el pelo largo cuando me decía «eres como una chica», y se quedaba mirándome con esa profundidad de los torbellinos de Munch o las tripas de Saura, pero sonriendo para darme calor o frío según la temporada, aunque él siempre llevaba la misma camisa y el mismo pantalón. En su piso guardaron mis padres cuando lo internaron una radio antigua, de mi abuela Isidra, que tenía tocadiscos arriba y donde escuché Jesucristo Superstar. Emilio, ese toque excéntrico con remolinos para el desvarío, donde se trataba de no estar en el orden, ni siquiera el orden mental.

Sinrazón.

La vivienda inicial, la del número 97, en la que estuvisteis pocos años, hasta que tiraron el edificio para construir un moderno bloque de pisos sin ascensor, fue el segundo hogar de tus padres, tan propensos a las mudanzas en sus primeros tiempos de casados, hasta seis domicilios en doce años, proporcionada como pago en especie por los Picazo, los patronos, al encargarle la gestión de su negocio; como también colaboraba tu madre en tareas varias de la tienda, sin sueldo, os permitían aprovisionaros de la carne para el consumo familiar, por lo que fuisteis unos privilegiados comiéndola todos los días, y sobre todo las criadillas, o sea, los «cojoncillos» de los corderos, qué asco cuando te enteraste, parte supuestamente con mucho alimento, que decían las madres en aquellos tiempos, igual que la Quina Santa Catalina, sucedáneo del aceite de ricino; allí tuvisteis la primera televisión, Askar, desde la que te asalta ahora la imagen de El Virginiano y de Jesús Álvarez (padre) anunciando a Mariano Rubio para presentar su famoso mapa de isobaras; ¿isoqué?, preguntaba tu yaya Isidra, la paterna, que vigilaba los gastos de su hijo para culpar a tu madre de tanto desatino en la administración hogareña, cosas de suegras, eternas; la otra suegra, también de armas tomar pero menos, la mentada Edmunda, no daba mucha guerra en tu casa porque trabajaba como *guardiana de tocador*³ en el teatro Argensola, desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana; las dos eran viudas, así que no conociste a tus abuelos, Bernardo y José, fallecidos ambos en la década de los 40.

3 *Guardiana de tocador*: expresión metafórica para designar a la mujer que cuidaba de que en unos baños públicos no entraran los caballeros; igualmente, suministraba jabón o papel higiénico a cambio de una módica propina.

Te persiguen siempre, con afán o con desidia, da igual, imágenes o personas, familiares o desconocidos, que se inmiscuyen en tu existencia como augures que te quieren proteger. ¡Oh, no! Mis abuelos —mis yayos—, estirpe que se alargó por mis alrededores para indicarme que las mujeres son más fuertes, que sobreviven en medio del campo de batalla sin sangre del corazón, aunque hayan sido heridas en la entraña, por los albores del alma, nunca dentro, porque saben guardar a buen recaudo los motores que les llevan a cruzar fronteras insondables por sus hijos, o por sus maridos si están. Una vez, mi abuela Edmunda, cuando lloré por no entender algún misterio de la muerte, me dijo que ella esperaba el día para partir junto a él, con alegría y amor, dolorida pero satisfecha y me señaló un lugar entre los árboles, los plátanos de la plaza Utrillas, por donde las almas suelen transitar en su salida. Murió el mismo día y el mismo mes que su marido. «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día». Ellos, aquí, conmigo, o no, pero estuvieron cuando la dura tarea me acobardaba entre los dolores que el crecimiento nos tiene preparados. Preparando un abrazo de madre, ellos. Ahora sonrío.

¿Ensueño?

Anteriormente, tus padres vivieron de alquiler en una casica encantadora, casi de cuento, en las afueras de Sabiñánigo, un pueblo del Pirineo aragonés al que tu padre había emigrado diez años atrás para aprender el corte y tratamiento de carnes y derivados algo mejor de lo pretendido por Manolete, tío lejano de tu madre, gracias a quien, por ese trabajo, inicialmente repartiendo morcillas en bicicleta, se habían conocido, allá por 1946; se casaron el 8 de mayo de 1960, después de esos catorce años de festejo, media vida, en la iglesia de San Miguel, a cuya parroquia pertenecían los dos, pues ella vivía en la calle del Salvador, del barrio de San José, y él tuvo su último domicilio zaragozano, antes de emigrar, en la calle Manuela Sancho. Allá en Sabiñánigo, tu padre, llamado «el Goyo» (por el apelativo cariñoso nacido de su nombre, Gregorio) trabajó con los *chaparros*⁴, de apellido Rapún, y luego en la carnicería de Ángel Campo, haciendo amigos, algo de dinero y experiencia de la vida trabajando sin parar ya fuera como camarero o como empresario fallido en organizar combates de boxeo (casi le agrede un púgil de peso mosca porque no pudo pagarle lo pactado, ya que en el mismo horario del combate el Ayuntamiento colocó una verbena amenizada con chocolate y bizcochos gratuitos que se le llevó la asistencia) o como maletilla⁵ de capeas⁶, afición que se llevó desde Zaragoza, y que también le proporcionó el honor de ser el alguacilillo⁷ en las corridas de toros de Sabiñánigo; tenía buena planta a caballo, sí, señor; desde que viste su foto con esa facha, te

4 Chaparro: persona gruesa y de baja altura.

5 Maletilla: joven que quiere iniciarse en el toreo y busca oportunidades.

6 Capeas: fiestas camperas donde se torea vaquillas.

7 Alguacilillo: encargado de transmitir y ejecutar las órdenes del presidente durante las corridas de toros; aparece a caballo al frente del paseillo inicial, generalmente vestido de negro y con capa; también recogen las llaves de los toriles (corrales que acogen a los toros en la plaza) y entregan los trofeos a los toreros.

encaprichaste de los atuendos con capa y te cubriste con una de ellas impecable, elegante, negra, comprada en la calle Montera de Madrid. El Goyo se ganó fama de buena persona y buen trabajador, de tal manera que le costó sobremanera decir adiós cuando consiguió ese trabajo con los Picazo en Zaragoza, para mayor alegría de tu abuela Edmunda, que no era cosa de tener a la hija mayor por unos andurriales de monte en un pueblo cuyo nombre no sabía ni pronunciar bien; algunos años después, sobre todo cuando tu padre ya fue «industrial en carnicería», como le gustaba que pusieras en los impresos del colegio donde te solicitaban su profesión, visitasteis a sus amistades de por allí. Por ejemplo en un 25 de julio de 1970, festividad de Santiago, en la que se corría la Clásica ciclista Zaragoza–Sabiñánigo, con final en el circuito de Cartirana, muy disputado entre Perurena y Zubero (ganador); el Goyo presumió de sus tiempos *bicicleteros* y te llevó a conocer a Isidro, dueño de una tienda de bicicletas de carreras, allí en ese pueblo, pero más te gustó conocer a su hijo, que jugaba de portero en el equipo de tercera división y a quien tu padre le había dado algunas lecciones, recordando sus peripecias por el Club San José y sus entrenamientos en un sótano parando penaltis bajo una portería pintada con tiza sobre unas paredes húmedas y desconchadas; una vez le prometieron un puesto en un equipo importante si se dejaba meter un gol que le diera la victoria al equipo que representaba el directivo corrupto que le hablaba; ufano, no solo cuenta su honestidad, sino que una parada inverosímil a un penalti en el último minuto del partido final le permitió dejar su portería a cero; también se ufana, y te gusta verlo así, cuando cuenta que aquel equipo de San José estaba compuesto de estudiantes y algún profesor de Veterinaria,

cuando se queja de que la tiranía del tío Manolete no le permitió fichar por el Celta, un equipo maño entonces en tercera división, porque tanto trabajo no le permitía entrenar ni un día a la semana en el horario establecido; tampoco le sirvió mucho para medrar en la vida su afición al toreo y su recorrido, con otros maletillas, de plazuelas sin categoría, toreando vacas, algunas muy resabiadas, y soñando algún día con emular al homónimo de su jefe, el Manolete, o quizá el Belmonte.

Buenos Aires, mi primer destino lejano, tiene un monolito gigante en la avenida más ancha del mundo, al otro lado del océano, diez mil kilómetros y un suspiro hasta allí para emular aquel viaje de mi padre, ciento cuarenta mil yardas y veintitrés lágrimas hasta la capital del Serrablo. Saltar el abismo para encontrar el sitio frente al éxito profesional. Es como buscar el vacío y encontrar la sombra porque siempre vuelves y aquella utopía se esconde en algún pliegue del bolsillo junto al billete de cien pesetas o un dólar que quisiste guardar sin que te diera rédito. Viaje al interior, recorrer el camino de vuelta, saber que las distancias se mueven sin derrotas para hallar las claves escondidas. Hay quien cree que es mentira, que todo es mentira, y probablemente sea verdad, porque ni mis quimeras puedo demostrarlas y sus certezas están bajo una almohada.

Inaudito.

Tu madre no sucumbió en la espera de tanto tiempo *festejando*⁸ y se casó enamorada, recordando los mejores tiempos de adolescentes, cuando tu padre la llevaba a bailar al local que su cuñado Luis regentaba por los alrededores de lo que hoy es la avenida Tenor Fleta, o a una casa inmensa que un amigo de los maetillas tenía por el paseo de Sagasta, en cuyo patio colocaban un tocadis-cos importado y escuchaban pasodobles o boleros; dejó su empleo de modista, por el que había recorrido las mejores casas de la ciudad, era buena en su oficio, demostrado en tanta ropa que os hizo a la familia en sus ratos libres, para marcharse con él tras la boda a un viaje de novios en una Lambretta⁹, —que también la había utilizado Gregorio para bajar a verla de ciento a viento desde Sabiñánigo—, en un recorrido por las carreteras del Pirineo hasta las playas de Alicante, para que tu padre así viera el mar por primera vez, con regreso a la capital del Serrablo, a esa casaca coqueta, amueblada poco a poco en los seis meses que la ocuparon con sillas, mesas y armarios que soportaron las siete mudanzas acaecidas en tu familia hasta que en 1973 os asentasteis en un pisito con calefacción central, de setenta metros cuadrados y tres dormitorios, en la calle Hermano Adolfo, casi esquina a Miguel Servet y casi enfrente de la tienda del 85; pisito donde aún vive tu padre. De soltera, tu madre residió primero en una casa de la calle Privilegio de la Unión y luego en otra de la calle del Salvador, con un gran corral donde se reunía con sus amigas María, Mercedes y Angelines para hablar de chicos y de moda; cuando la dejaron salir a pasear con ellas por las calles del barrio, visitando la nueva fábrica de embutidos del tío Manolete conoció a su aprendiz, Gregorio, y a sus amigos que

8 Festejar: voz que en Aragón tiene el significado de mantener noviazgo.

9 Lambretta: referencia a una motocicleta *scooter* de esta marca italiana, similar a la famosa Vespa.

por ahí pululaban; crearon pandilla y se prendó de la sonrisa y los rizos de ese repartidor de morcillas; al poco, ya paseaban juntos y se dijeron novios. En aquellos tiempos oscuros de dura dictadura, estuvo muy vigilada la expresión de amores en la calle, con multas y calabozo a quien los mostrara en público; en el l de la calle del Salvador, casi esquina con Privilegio de la Unión, la parejica se hacía algunos arrumacos cuando un policía de paisano los vio y quiso llevárselos a comisaría; tu padre, algo farruco, se dio la vuelta tapando a su novia, dijo en alto «tú, Josefina, métete en casa» y al hombre «yo voy con usted»; salieron a la avenida y, en cuanto vio un tranvía, echó a correr como alma que lleva el diablo, se subió a él y perdió de vista a su captor. En el viaje de novios, tuvieron que enseñar en todos los hoteles el libro de familia, pues veían joven a tu madre, aunque ya tenía veintiséis años, y no se creían que estuvieran casados cuando pedían una habitación para los dos con cama de matrimonio; además, para ir cómoda en la moto tantos kilómetros, ella se calzaba un pantalón ajustado, lo que provocaba miradas extrañas, ya fueran de baboseo o escándalo, según te contó tu madre al poco de casarte ya; con lo *mirada* que es tu madre, siempre pendiente del *qué dirán*, no te la imaginabas siendo avanzada en su época, qué gran descubrimiento.